



Homilía Pascua de Resurrección
Cardenal Fernando Chomali, Arzobispo de Santiago
Domingo 5 de abril de 2026

Hermanos y hermanas:

Hermanos y hermanas:

Lo primero que quisiera hacer es felicitar de corazón a los padres que han traído a sus hijos a misa. Los felicito. Lo mejor que le pueden dejar a sus hijos es la fe, la fe en Jesucristo, porque es una fe de esperanza, es una fe de amor, es una fe de comunidad. Qué maravilla sería para ellos ver a sus padres de rodillas rezando. Qué testimonio más hermoso darse cuenta de que son muchos como ellos los que celebran este día tan importante.

Ayer pensé en María Victoria Reyes, una mujer de 59 años que va a trabajar a un colegio, entusiasta, contenta, y es asesinada. Pensaba también en ese carabinero que sale de su casa, que se despide de la familia y es asesinado. Pensaba también en esos niños y ancianos que en este momento están en guerra, muchos pasando hambre, llenos de temor; tantos han muerto. Pensaba también en nosotros mismos, en esa herida que tenemos que nos hace decir, como San Pablo: “no hago el bien que quiero hacer y hago el mal que no quiero hacer”.

Pero también pensaba que, en ese mismo momento, había una mujer que iba a dejarle a su vecina postrada un pedazo de pan, iba a limpiarla. Pensaba en esas religiosas que están atendiendo a los adultos mayores solos y abandonados. Pensaba también en esa TENS en un hospital, preocupándose de los enfermos. Y me acordaba de las palabras de Jesús: el trigo y la cizaña crecen juntos. Esa es la experiencia vital de nuestra vida.

No podemos ser ingenuos, infantiles, y decir: “Jesucristo resucitó”, y salir después a comprar huevitos. Esto es mucho más profundo. Esta es una batalla entre el bien y el mal, una batalla que llevamos en nuestro corazón y una batalla que se vibra en la vida, como lo acabo de describir.

Qué dolor para esa familia de esa mujer abnegada, María Victoria, que pierde la vida. Qué dolor para esa familia del carabinero. Qué dolor para la familia de este joven que asesina a su inspectora. Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado? ¿Qué hemos hecho para que un joven, en vez de tener sueños, en

vez de estar lleno de alegría, en vez de tener proyectos, termine matando? Tenemos que cuestionarnos.

Y la pregunta es —y ahí está el corazón del mensaje—: ¿tendremos que resignarnos a eso? ¿Tendremos que resignarnos a vivir en un mundo tan violento? ¿Tendría sentido la vida?

Nosotros, hermanos y hermanas, a pesar de la ciencia, de la técnica, de tantas cosas positivas que hay en el mundo, no hemos sido capaces de dar la respuesta, porque vemos cómo el trigo y la cizaña siguen creciendo juntos. Y por eso es tan importante este tiempo, porque Jesucristo toma en cuenta el mal, lo hace suyo, y por obra y gracia de Dios Padre es capaz de darle un sentido. Nosotros, los católicos, no somos ingenuos. Somos capaces de darle sentido a la vida en todo su dramatismo.

Somos capaces de darnos cuenta de que el mal está junto al bien, pero, sobre todo, somos capaces de darnos cuenta de que Jesucristo pasó haciendo el bien, y que Jesucristo resucitó; y, resucitando Él, resucitan todos los signos de muerte. Los signos de muerte que son nuestra envidia, nuestra avaricia, nuestra superficialidad, nuestro querer figurar, nuestro tratar mal a los demás, pelar al otro, juzgarlo. Todo eso ha muerto en la medida en que nosotros nos abramos realmente al Espíritu Santo.

Lo más probable, hermanos y hermanas, es que ninguno de los que estamos aquí tengamos la capacidad de cambiar el mundo en el cual vivimos. Y lo más probable es que mañana, cuando veamos las noticias, veremos dramas terribles. Pero lo que nadie nos puede impedir es cambiar nosotros mismos. Porque, a veces, le pedimos a los políticos, a la Iglesia, a todo el mundo que cambie, y no cambiamos nosotros.

Nosotros, configurados con Jesucristo, somos capaces de hacer el bien. Jesucristo pasó haciendo el bien y sanó a los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con Él. Y Dios está con nosotros porque hemos sido bautizados, porque podemos decir: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”, porque podemos decir también que el Espíritu Santo habita en nosotros.

Por lo tanto, si somos capaces de cambiar nosotros, si nos dejamos tomar por Dios, si nos dejamos abrazar por Dios y su misericordia, podremos hacer el bien al vecino, podremos hacer el bien en nuestro trabajo, podremos, si hacíamos el mal, dejar de hacerlo, porque el mundo cambiará si cambiamos nosotros. No hay otra opción. Y tenemos que dar testimonio de lo que creemos: que Jesucristo es el Señor, el que da la vida y da la vida en abundancia.

Por eso, si hemos visto realmente la obra de Dios en estos días, creeremos. Y lo único que necesitamos es tener más fe: la fe que mueve montañas, la fe que seca la higuera, la fe que es capaz de cambiar nuestro corazón para cambiar el mundo.

Por eso, hermanos y hermanas, cuando celebramos la resurrección de Cristo, celebramos la victoria del bien sobre el mal. Celebramos la victoria de la esperanza por sobre la desesperanza. Porque, vuelvo a repetir, hasta que el Señor vuelva —porque volverá y nos juzgará de acuerdo a lo bueno o malo que hemos hecho—, el trigo y la cizaña crecerán juntos, y tenemos que rezar mutuamente cada uno de nosotros para que seamos trigo, para que hagamos el bien en la vida cotidiana, para que nunca devolvamos mal por mal, que nunca la violencia tome nuestro corazón, que nunca seamos odiosos frente al otro. No hay otro camino. Ese es el camino del Señor. Ese es el camino de la Virgen María, que, llena de Dios, sirvió a los demás.

Recemos por todos aquellos que no creen, por aquellos que creen que será la ciencia, la tecnología la que va a cambiar el mundo. No. No la van a cambiar. Ya quedó claro. Será la conversión de nuestro corazón —de ricos y pobres, de ignorantes y doctos, de hombres y mujeres— aquello que cambiará el mundo. Porque, transformándonos nosotros, transformaremos nuestra casa. Transformando nuestra casa, transformaremos nuestro vecindario. Transformando nuestro vecindario, transformaremos nuestra comuna. Y así sucesivamente, hasta que el Señor vuelva y nos reconozca como una de sus ovejas.

Desear una feliz Pascua de resurrección no es negar la realidad, sino darle un sentido nuevo: el sentido de la esperanza.

Al Señor le damos honor y gloria por los siglos de los siglos.
Amén.